

El Cepo, de JAIME LASO
Editorial Zig-Zag. 1958. Santiago

CON FRECUENCIA hay seres humanos que llenan su vida con valores que están al margen del auténtico vivir. Son individuos desadaptados, personas infelices, galeotes en mares embravecidos. Más que vivir la vida, se deslizan por sus rampas, sin pena ni gloria, mejor dicho, con el dolor diluido en cada una de sus mínimas reacciones. He ahí un problema que incide, de lleno, en los ámbitos de la vocación, en los dominios de la pedagogía normativa.

Jaime Laso ha escrito una novela enérgica, verídica, especie de símbolo humano. Sin duda, muchos lectores verán, en estas páginas, un jirón de su propia existencia. Porque los seres caídos en el cepo forman legión, existen en todos los estratos sociales. Diríase que los avatares del protagonista fueron arrancados de muchas vidas. Por esta razón, *El Cepo* tiene calidades de novela ejemplar, no circunscrita a un país determinado, ni referida a un grupo social. Los males que glosa con amarga ironía son endémicos, producen más víctimas que las enfermedades habituales.

En su trama hay un personaje, sin fuerzas para doblegar su destino de oficinista. Ejerce una profesión que no le place. Pero la tremenda araña del vivir le aprisiona en sus redes. Habrá una víctima más en el grupo de fracasados.

Jaime Laso escribe en lenguaje directo, sin preciosismos, con una corrección exacta, implacable. Las palabras están bien talladas. Ni una sola caída de mal gusto. Las notas realistas están concebidas con entrañable humanidad. La novela no tiene una culminación. Queda el personaje luchando con su destino, con la esperanza puesta en tiempos mejores. Y una desazón se cierne sobre la conciencia del hombre: "Al llegar a la esquina, desfilaron los mismos hombres y mujeres que veo todos los días, con sus rostros amarillentos y su cansino andar. Sentí el dolor al costado como una puñalada."

Bella novela, escrita por un novelista de fina penetración psicológica, construida con muy directos, aunque sutiles materiales.

Si quisiéramos intentar una clasificación de esta obra, habríamos de referirnos a las técnicas de la novela realista, con amables tornasoles románticos. Porque, si bien es cierto que Jaime Laso ha podado de su relato todo aquello que tiene calidades de adjetivo y ancilar, a veces, entre líneas, está la nota emotiva, el deseo de vencer las posibles oscilaciones de esa ruedecilla vital que está marcando el porvenir de los hombres.

El Cepo, es como un llamado de atención, tiene hondas vinculaciones con

la pedagogía. La visión negativa de la vida es una manera de mostrarnos el anverso de las realidades. Quizás uno de los párrafos más significativos de esta novela es el que dice: "Los otros días sentía una nulidad de mi ser, que en estos instantes no la tenía. Estaba casi alegre. Atribuí mi regocijo a la ausencia de mis compañeros, que eran los que aportaban una fuerza negativa al estar en conjunto."

En estas palabras, puestas en boca del protagonista, está implícita la glosa del pensamiento rector de la novela. He aquí las ideas del pedagogo John Dewey: "El mal mayor de la sociedad actual no se encuentra en la pobreza y en los sufrimientos que supone, sino en el hecho de que tantas personas ejerzan profesiones u oficios que no les atraen, realizándolos simplemente por la recompensa económica que proporcionan. Pues tales profesiones provocan constantemente aversión, mala voluntad y un deseo de desatenderlas y eludir-las. Ni el corazón ni el espíritu de los hombres se entregan a ellas."

Jaime Laso ha novelado este conflicto de índole espiritual. Y ha seguido rectamente, sin crear situaciones decorativas. *¿El Cepo* es una novela triste? De ninguna manera. Es una obra realista, una copia de la vida. Incluso los temas del amor están vistos de una manera escueta, como algo que forma parte del vivir y que adviene en las innumerables vueltas del camino del hombre.

Algunas páginas de este libro son de gran pureza estilística, fondo y parámetro literario se equilibran, rezumando amargura: "Quisiera arrancar esas barreras en que está encerrada la limitación de la vida humana; quisiera huir del mundo; estoy como en un cepo, en el cual no puedo mover cabeza, pies, ni manos."

He aquí una valiosa aportación a la más reciente novelística chilena, ahora encauzada por rumbos de universalidad.

VICENTE MENGOD.



Poemas de Ruta, de XIMENA GAUTIER GREVE.

Santiago, 1958

EN LA BREVE PRESENTACION que Juvencio Valle hace de Ximena Gautier, en el libro *Poemas de ruta* —primera obra de esta pequeña lirida—, dice: "Frente al canto de una niña, sólo debiéramos responder con un poema". Tiene razón,